

A propósito del 50 aniversario de la XEWM RADIO 640:

UNA MAÑANA DE RAYOS

Jorge Arturo Quintanilla Penagos

Me levanté a las cinco y media de la mañana. El frío estaba fuerte, porque a pesar de ser verano, la lluvia siempre enfriaba el ambiente. Me vestí poniéndome una camiseta playera y encima una camisa gruesa, pensando luego de cubrir mi turno en la radiodifusora, pues el tiempo era muy apretado. Salía a las diez de la estación y con la motocicleta, me dirigía a la Enseñanza, la famosa escuela Normal, hen donde daba clases de Artes Plásticas, entre otras. Debía ir bien vestido y por eso me puse el suéter grueso, maravillosa obra hecha a mano, tejido por mi mamá. Me despedí de mi esposa y salí al garaje donde estaba reclinada en la pared, la moto, una Islo 50 cc, verde claro, comprada de segunda mano, partí del número 14-b de la calle Primero de Marzo, y en la esquina, al voltear a ver si no había vehículo, divisé en la esquina de la alameda a mi madre Atalita Penagos, quien se dirigía a dar clases, en la primaria del internado indígena, ubicado frente al parque. Aprovechando el sonido del ruidoso tubo de escape de mi nave, di dos acelerones y alcé mi mano. Ella levantó la propia, devolviéndome el saludo, el cual tomé como una bendición. Aunque la distancia de casa a la radiodifusora XEWM Radio 640 no era mucha, unos dos kilómetros y medio, debía salir a la carretera para llegar a la cabina de transmisión, situada en la calzada, a unos trescientos metros del

cementerio. Tomé rumbo al parque central y giré a la derecha en la Guadalupe Victoria hasta llegar al puente Blanco. Ya estaba en la carretera y avancé hasta el crucero del panteón municipal. En pocos minutos llegué a mi destino.

Entré a la cabina de transmisión y saludé a Juanito, el velador de turno.

---Buenos días, maestro. Ya está caliente el transmisor---vio el reloj de la pared----. Faltan tres minutos para las seis y ya debe usted entrar al aire. Aquí está la programación de las complacencias.

---Gracias Juanito---tomé asiento en mi silla de metal de promoción de la Corona y encendí la consola, las cartucheras y puse el primer disco en la primera tornamesa de la izquierda. Ajusté la aguja y coloqué el otro disco de promoción en la otra.

---Las seis en punto---dijo Juanito al momento de abrir el micrófono.

Puse en la cartuchera el cassette de identificación de la estación de radio y lo eché a andar,

Hice la presentación del programa de complacencias y anuncié la primera melodía.

---"Las Vecinas" nos cantan "Las Cuatro Velas", a petición de nuestras seguidoras del programa de complacencias, María Rojas y su hermana Rosita. Están servidas amigas---cerré el micrófono.

Eché a andar la tornamesa y se escuchó en la bocina de la consola, la melodía que además de "Las Mañanitas", era la más reproducida todos los días.

---Nos vemos en la tarde en la Normal, maestro---dijo Juanito---. Que tenga muy buenos días.

---Nos vemos en la tarde, Juanito--- le agradecí su apoyo, se subió a la bicicleta y se retiró.

Mi rutina diaria hizo girar mis ojos hacia el transmisor a mi izquierda, en el otro cuarto, detrás de un cristal, gracias al cual podía checar los dos gigantes bulbos. Prácticamente se podía observar casi todo el aparato expuesto frente a mis ojos.

Tenía un promedio de tres minutos y medio entre dos melodías, lapso que me permitía hacer mis actividades, incluyendo las fisiológicas. En un momento cercano a las nueve de la mañana, comenzó la guerra en los cielos y el agua, empezó a fluir siguiendo el compás de los chicotazos acompañados de un fuerte zigzag de luz y luego el bramido. La tormenta de rayos era muy superior al agua de la lluvia.

De improviso una especie de fogonazo iluminó la cabina y se soltó un olor muy fuerte, parecido al ozono. Sentía mi cuerpo estremecido como cuando entras a una subestación de la Comisión Federal de Electricidad y los cabellos se erizan. Un hormigueo recorrió mi cuerpo de la cabeza a los pies. Descubrí el origen del olor: Estaban los bulbos apagados y de todo el aparato brotaba un humo blanquecino.

“Seguramente el transmisor se quemó”, pensé, mas cuando revisé el equipo y nada trabajaba, me dije: “Se ha de haber ido la luz, quizá fue un corto circuito el culpable de este problema”. Quise ponerme de pie y mis piernas no respondieron. Volví a sentarme.

La puerta fue abierta violentamente y penetraron Paco, el gerente de la radiodifusora, el técnico, un médico y dos ambulantes con uniforme de la Cruz Roja.

Me preocupó ver las facciones desencajadas de todos, especialmente las de mi esposa.

---¡Está vivo!"--- gritó alguien.

En ese momento descubrí que o estaban hablando en voz muy baja o yo estaba medio sordo, con una sensación acorde al casi callado zumbido de oídos, como si mis orejas estuvieran tapadas con algodones. Escuchaba muy bajo, pero entendía.

---¿Estabas sentado en la silla de metal, transmitiendo? ¿Estabas maniobrando con las cartucheras, las dos tornamesas, el micrófono, la consola, todo de metal y no oyes nada?---me preguntó Paco, el gerente y asentí.

---¿Cómo te sientes, estás bien, te duele algo?---me bombardeó Chanita, mi esposa, Llenándome de besos.

Como pude contesté y tomé conciencia de algo triste: Sólo Chanita me preguntó por mi salud. Y en ese momento los de a Cruz Roja me checaron. Salí bien. Espantado y sordo, pero bien.

---¿Te diste cuenta de cuando cayó el rayo? ---quiso saber otro curioso.

---Yo vi caer el rayo en la antena --- afirmó Chanita---, Estaba yo como a cincuenta metros, cuando casi llegaba, trayéndole su desayuno El chasquido y el sonido fueron algo inolvidable, máxime cuando me di cuenta de que estabas transmitiendo.

El técnico, muy espantado revisó las dos enormes resistencias de cobre quienes supuestamente nos librarían de la entrada de los rayos a la cabina y el equipo; pero algo falló y por eso se quemó todo.

---¡Es Un verdadero milagro que estés vivo muchacho! ---dijo---. Sólo no se explica en lo humano el que te hayas librado de todo, porque el rayo te usó como un perfecto conductor. En realidad sobreviviste a un rayo gracias a la mano de Dios.